

empleos del serrallo ó del imperio. Este palacio, que sirvió en otro tiempo de residencia á los sultanes, está decorado por fuera y por dentro con una profusion de cinceladuras, de esculturas y de molduras doradas de muy buen gusto; los techos son tan ricos como los de los mas hermosos palacios de Francia ó de Italia: los pisos son de mosaico. Está dividido en varias salas, casi iguales, y todas obstruidas à derecha é izquierda, con nichos y sitios de madera tallada, muy parecidos á las mejores sillerías de los coros de nuestras antiguas catedrales. Cada una de ellas forma el cuarto de un icoglan; en el fondo hay una tarima donde recoge sus cojines y sus alfombras, y donde sus vestidos están colgados ó metidos en un cofre de madera dorada:—encima de los sitios se estiende una especie de tribuna saliente que contiene otros tantos sitios como la sala inferior; todo ello está iluminado por claraboyas ó ventanillas abiertas en lo alto del edificio. Los jóvenes icoglanes, que todos eran antiguos discípulos de Rustem-Bey, le recibieron con la mayor alegría y con una verdadera ternura, cual á un padre querido y por largo tiempo esperado. El excelente corazon de aquellos muchachos le conmovió á punto de arrancarle lágrimas, y hasta á mí mismo me conmovian aquellas muestras tan espontáneas y francas de cariño y gratitud; todos le cogian las manos y besaban los faldones de su levita.

—¡Rustem-Bey! Rustem-Bey! exclamaban, y todos acudian à recibir a su amigo, palpitando de júbilo é impaciencia, colmándole de caricias, y diciéndole ya unos, ya otros: Rustem-Bey ¿por qué nos abandonas hace tanto tiempo? Tú eras nuestro padre, y no podemos vivir sin tí: todo cuanto sabemos, te lo debemos a tí. Alá y el sultan te han enviado para hacer de nosotros unos hombres, porque antes no éramos mas que esclavos é hijos de esclavos. El nombre de los Osmanlis era una injuria, un sarcasmo en Europa; ahora sabrémos defenderle y honrarle, pero dí al sultan que te envíe otra vez con nosotros; ya no estudiamos, y nos consumimos de tedio y de tristeza.

Cinco ó seis de aquellos mancebos, de rostro agraciado, franco, inteligente, admirable, nos cogieron de la mano y nos llevaron por todas partes: luego pasamos á su sala de recreo, que es un kiosko rodeado de divanes y de fuentes que caen de las paredes en copas de mármol; una escalera, labrada en el grueso de las paredes, conduce á las piezas de servicio, donde una multitud de esclavos, á las órdenes de los icoglanes, tiene continuamente lumbre encendida para las pipas y café, como tambien sorbetes y bebidas heladas para ellas. En este salon hay toda especie de juegos; algunos estaban jugando al ajedrez. Hiciéronnos servir sorbetes y helados; y, tendidos en el divan, hablamos



largamente de sus estudios y de sus adelantos, de la política de Europa, del destino del imperio, sobre todo lo cual discurrían perfectamente; temblaban de indignación pensando en su estado actual, y hacían votos por el triunfo del sultán en sus empresas de innovaciones; jamás he visto un ardor más vivo por la regeneración de un país que el que inflamaba los ojos y las palabras de aquellos mancebos. No palpitan con más entusiasmo los jóvenes italianos á quienes se habla de independencia y de luces:—sus ojos brotaban fuego mientras les hablábamos. Los de más edad podían tener de veintidos años; los menores de doce á trece. Escepto en el hospicio militar de los huérfanos de la marina en Greenwich, nunca he visto caras más admirables que las de algunos de aquellos muchachos;—no querían dejarnos salir y nos acompañaron hasta donde les está permitido ir, por todos los jardines, patios y kioscos circunvecinos. Uno ó dos lloraron al separarse de Rustem-Bey. Entre tanto el kesnedar había ido á dar órdenes á los eunucos y guardas de los jardines y de los palacios para que nos dejaran circular y nos introdujesen donde quisiésemos.—En el fondo del patio, un poco más lejos que el patio de los icoglanes, un ancho palacio nos cerraba la vista y el paso: este segundo palacio, que es el que habitan los sultanes, está rodeado, como los otros que acaba-

mos de visitar, de una galería formada por una prolongación de los tejados:—en esta galería desembocan las puertas y las infinitas ventanas de las habitaciones: el palacio no tiene más que un piso bajo. Entramos en las grandes salas que sirven de vestíbulo y dan entrada á las diferentes piezas. Este vestíbulo, muy irregular, es un laberinto formado por los pilares que sustentan los techos y dan nacimiento á vastos corredores circulares para el servicio de las habitaciones. Los pilares, los techos, las paredes, todo es de madera pintada y tallada en el gusto moruno. Las puertas de las estancias imperiales estaban abiertas, y vimos muchas de ellas, todas casi iguales en la disposición y ornato de los artesonados: todas tienen cúpulas caladas de madera ó de mármol, por donde penetra una templada luz, anchos y bajos divanes al rededor de las paredes, ventanas á cosa de medio pié sobre el nivel del piso, que dan sobre los patios, las galerías, los terrados y los jardines,—alfombras, esteras y almohadones:—á esto se reducen todas ellas. En el lado del palacio opuesto á la fachada por donde entramos, hay una gran meseta á manera de azotea, hecha de piedra y enlosada de mármol, sobre la cual se alza un hermoso kiosko, donde se sienta el sultán cuando recibe á los embajadores, y que parece una capillita moruna: desde él se disfruta una vista deliciosa de Constantinopla, del puerto, del mar de Mármara.



ra y del Bósforo: en la galería abierta entre este kiosko y el palacio hay varias fuentes de mármol con hermosos surtidores. Es un paseo encantador; las ramas de los arbustos y de los rosales de los jardincillos que cubren los terrados inferiores, rastrear sobre las barandas y embalsaman el palacio. Penden de las paredes algunas pinturas en mármol y en madera que representan vistas de la Meca y de Medina, que ecsaminé con suma curiosidad. Estas vistas son como unos planos sin perspectiva, y perfectamente conformes á lo que refiere Alí-Bey (1) de la Meca, de la Kaaba, y de la disposicion de los varios monumentos sagrados de la ciudad santa, que prueban que este viagero fué realmente á visitarlos. Lo que dice de la galería circular que rodea el area de las diferentes mezquitas, se halla comprobado en estas pinturas, donde se ve aquel pórtico que recuerda el de San Pedro de Roma.

Siguiendo la meseta del palacio, á la izquierda, se llega, por un estrecho balcon sostenido por altos terrados, al harem ó palacio de las sultanas, que estaba cerrado á la sazón, y solo contenia un corto

(1) Acaso no todos nuestros lectores sabrán que este Alí-Bey fué un célebre y sabio viagero español del siglo pasado, llamado D. Domingo Badia, que recorrió gran parte de Asia y de Africa, logrando pasar por turco bajo aquel nombre: tan familiarizado llegó á estar con la lengua y los usos de los musulmanes.

número de odaliscas. No nos acercamos mas á aquel recinto vedado.—Únicamente vimos las ventanas enrejadas, y los deliciosos balcones rodeados tambien de verjas y de persianas entretejidas con flores, donde pasan las mugeres los dias contemplando los jardines, la ciudad y el mar. Desde donde estábamos veíamos una multitud de jardincillos rodeados de paredes de mármol, regados por abundantes surtidores, y dispuestos con la mayor simetría, á los que se baja por unas escaleras, y que comunican unos con otros: algunos tienen elegantes kioskos; allí es donde se pasean y disfrutan de la naturaleza las mugeres y los niños del harem.

Llegamos á la cuesta del serrallo, al punto donde empieza á bajar hácia el puerto y hácia el mar de Mármara, que es el terreno mas elevado de este sitio, único en el mundo, y desde donde abarca la vista todas las colinas y todos los mares de Constantinopla. Largo rato nos detuvimos allí, disfrutando una perspectiva inversa de la que he descrito desde lo alto del belveder de Pera. Mientras estábamos en aquel terrado del palacio, dió la hora de la comida, y vimos pasar una muchedumbre de esclavos que llevaban sobre la cabeza grandes bandejas de estaño en que iba la comida de los oficiales, de los empleados, de los eunucos y de las mugeres del serrallo. Asistimos á varias de aquellas comidas, compuesta de *pilós*, de aves, de hu-



bés, especies de albondiguillas hechas con arroz y carne picada, asadas en una hoja de parra, de panecillos y de un vaso de agua. Donde quiera que el esclavo encontraba á su amo, allí servia la comida, ya en un rincon de una sala del palacio, ya en el terrado, á la sombra del tejado, ya en los jardines, à la sombra de un árbol, junto á una fuente.

Vino el kesnedar á buscarnos, y nos llevó al kiosko donde vive, enfrente del tesoro del serrallo. Este tesoro, donde están sepultadas tantas riquezas incalculables, desde la creacion del imperio, es un gran edificio de piedra, precedido de un pórtico cubierto, y muy poco elevado; las puertas son bajas y las estancias subterráneas; enormes arcas de madera pintada de colorado contienen las monedas de oro y plata. Todas las semanas se saca cierta cantidad para el servicio del imperio. No solicitamos entrar, pero se dice que ademas del metálico en oro y plata, este *kesné* contiene montones de perlas y diamantes, lo que es muy probable, atendida la costumbre que tienen los sultanes de depositar en este sitio todas sus riquezas y de no recurrir á ellas sino en los últimos apuros del estado; pero como estos valores en piedras preciosas no son mas que convencionales, si el gran-señor quisiese beneficiarlos vendiéndolas, disminuiria su precio á causa de la profusion de ellas, que introduciria en el comercio, y este recurso, que parece inmenso para su hacienda, es tal vez ilusorio.

El kesnedar, hombre franco, jovial y discreto, me introdujo en la habitacion que ocupa, y en la que hallé por primera vez, en Turquía, algun lujo de muebles y de comodidades á la europea: los divanes eran altos y estaban cubiertos de almohadones de seda; habia mesas, aparadores, y en ellos, libros, mapas y un globo terraqueo. Nos trajeron dulces y sorbetes: hablamos de las artes y de las ciencias de Europa comparadas al estado de los conocimientos humanos en el imperio otomano. El kesnedar me pareció tan instruido y escento de preocupaciones como un europeo. Todo lo comprendia; deseaba el triunfo de Mahmud en sus tentativas de mejoras; pero viejo ya, y habiendo pasado su vida en los empleos de mayor confianza del serrallo, bajo cuatro sultanes, esperaba poco y se resignaba filosóficamente al porvenir, viviendo tranquilo y solitario en el fondo de aquel serrallo abandonado. Hízome muchas preguntas sobre todo,—filosofia, religion, poesía, creencia popular de Europa, régimen de los diferentes estados, monarquías ó repúblicas,—política, táctica, á todo pasó revista con una rectitud de juicio, un tino y una sensatez de reflexiones que claramente me manifestaron que estaba oyendo á uno de los hombres mas instruidos del imperio.—Trájome una esfera y su globo terraqueo, y quiso que le esplicase los movimientos de los astros y las divisiones de la tierra: de todo tomó nota y verdaderamente pare-



cia encantado de lo que oía: luego me rogó que me quedase á cenar y á pasar la noche con él. Mucho trabajo nos costó resistir á sus instancias, y no pudimos vencerlas sino diciéndole que mi muger y mis amigos, que sabian que yo me hallaba en el serrallo, estarian en la mayor inquietud si no me veian volver.

—Vd. es en efecto, me dijo, el primer franco que ha pnesto aquí los piés, y esta es una razon para que sea tratado como amigo. El sultan es grande y Alá vela por todos! Acompañónos hasta las escaleras interiores que bajan, desde la meseta ó terrado del palacio del sultan, al laberinto de jardincillos del harem, de que ya he hablado, y nos confió al cuidado de un gefe de bostangis, que nos hizo pasar de kiosko en kiosko, de terrado en terrado, todos llenos de flores y de fuentes, hasta la puerta de una alta tapia que separa los palacios interiores del serrallo de los grandes prados exteriores. Allí nos hallamos al pié de los enormes plátanos que se alzan á mas de cien piés de altura contiguos á las tapias y á los encumbrados balcones del harem: mas allá hay árboles frutales y grandes huertos cultivados por esclavos negros, cuyas cabañas están debajo de los árboles: numerosos arroyos riegan estos irregulares plantíos. No léjos del harem hay un antiguo y magnífico palacio de Bayaceto, abandonado á las yedras y á los pájaros nocturnos, todo de piedra, y de admirable arquitectura árabe.

No seria difícil restaurarle y entónces valdria él solo tanto como todo el serrallo; pero la tradicion asegura que le habitan los espíritus infernales, y ningun Osmanli penetra en él. Como estábamos solos, entré en dos galerías subterráneas de aquel hermoso palacio, atestadas de escombros; las tapias y las escaleras me parecieron de primoroso trabajo. Llegado que hubimos á una puerta de las tapias del antiguo serrallo, retrocedimos, siguiendo un bosque de plátanos, sicomoros y cipreses, los mas corpulentos que he visto en mi vida, y dimos vuelta á los jardines exteriores que nos condujeron hasta las orillas del mar de Mármara, donde hay dos ó tres magníficos palacios que los sultanes habitan en verano: las habitaciones se abren sobre la corriente del canal, y de continuo las refresca la brisa. Mas lejos, se alzan sobre collados de césped pequeñas mezquitas, kioskos y estanques rodeados de antepechos de mármol y sombreados por gigantescos árboles. Allí nos sentamos entre las flores y las sonoras fuentes: teniamos á nuestras espaldas las altas paredes del serrallo, y delante, una pendiente de césped que remataba en el mar; entre el mar y nosotros se alzaba una cortina de cipreses y de plátanos, por entre los cuales entreveiamos las olas del mar de Mármara, las islas de los príncipes, los buques á la vela, cuyos mástiles se deslizaban de uno á otro árbol; Scútari, enrojecido por los rayos del sol en Occidente; las doradas cimas del monte



de los Gigantes, y las cumbres de nieve de los montes de Frigia que servian de marco á aquel divino cuadro.

Tal es el interior de este misterioso recinto, la mas deliciosa habitacion de la tierra,—escena de tantos sangrientos dramas, donde nació y se robusteció el imperio otomano; pero donde no quiere morir, porque desde la destruccion de los jenizaros, el sultan Mahmud ya no le habita. Hombre de costumbres sueves y dado á los placeres, esas manchas de sangre de su reinado le repugnan; acaso tambien no se cree aquí seguro en medio de la poblacion fanática de Stambul, y prefiere tener un pié en el Asia y un pié en su armada, en sus treinta palacios de las orillas del Bósforo. El carácter general de esta admirable residencia no es ni la grandeza, ni la comodidad, ni la magnificencia; su carácter es el del pueblo turco,—la inteligencia y el amor de la naturaleza. Este instinto de los sitios hermosos, de los mares esplendentes, de las sombras, de las fuentes, de los horizontes inmensos ceñidos por nevadas cumbres, es el instinto predominante de este pueblo:—en él se siente el perenne recuerdo de un pueblo pastor y labrador que se complace en acordarse de su origen, y cuyos gustos todos son sencillos é instintivos. Este pueblo ha colocado el palacio de sus señores, su ciudad imperial, en la falda de la mas hermosa colina que hay en todo el imperio, y acaso en el mundo

entero. Este palacio no tiene ni el lujo exterior, ni las misteriosas delicias de un palacio de Europa; no tiene mas que vastos jardines, donde las árboles crecen libres y eternos como en una selva vírgen, donde las aguas murmuran, donde arrulla las palomas; estancias llenas de ventanas siempre abiertas; azoteas sobre los jardines y el mar, y enrejados kioskos, donde los sultanes, sentados detras de sus persianas, pueden disfrutar juntamente de la soledad y del encantado aspecto del Bósforo. Lo mismo sucede por do quiera en Turquía; emperador y pueblo, grandes y pequeños, no tienen mas que una necesidad, mas que un sentimiento, en la eleccion y el arreglo de sus viviendas,—disfrutar la vista de un hermoso horizonte,—ó si la situacion y la pobreza de la casa lo impiden, tener por lo menos un árbol, pájaros, palomas, un cordero, en un rincon de tierra al rededor de su cabaña. Así es que donde quiera que hay un sitio elevado, sublime, gracioso, indefectiblemente se hallan una mezquita, un santón, un caserío; no hay un punto bello en la orilla del Bósforo, un collado, un risueño golfo de la costa de Asia y de Europa, donde un bajá ó un visir no haya construido una quinta ó plantado un jardin. Sentarse á la sombra, delante de un magnífico horizonte, con una frondosa enramada sobre la cabeza, con una fuente al lado; con la campiña ó el mar á la vista, y allí pasar las horas ó los dias embebecido en una vaga y silen-